

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 5

25 cts.



**EL LOCO FURIOSO**  
POR REED HOWES

BROWN, Harry Joe

Biblioteca Ilusión



# El loco furioso

(RACING FOOL, 1927)

Versión literaria de la película  
del mismo título, interpretada  
por el intrépido atleta  
**REED HOWES**  
por LUIS del RIO

Foto. de Ben WHITE

◊

Exclusiva : PROCINE S. A.  
Consejo de Ciento 332 : BARCELONA



REDACCION Y ADMINISTRACION  
PARIS, 204 : BARCELONA

amenazaba en mil ocasiones, presenciando a cada momento el triunfo de los instintos sobre la razón.

A aquella honda transformación en el espíritu de Conrado de Prendergast no era ajena la amistad de Jaime Mac Guirre, su compañero de armas, su hermano, como él le llamaba, antiguo boxeador que había compartido con él todas las incidencias de la lucha. Al terminar la contienda, Conrado le había prometido no separarse de él en todo el resto de su vida, en agradecimiento a los buenos servicios que le había prestado durante toda la campaña.

La alegría que experimentaban los ancianos padres de Conrado al ver regresar a su querido vástago, velóse con una sombra de disgusto al observar que llegaba acompañado de aquella especie de gañán, alto, fornido, que a primera vista ya dejaba ver que su educación no tenía nada de aristocrática. En cambio, Tobías, tío de Prendergast y hombre que durante toda su vida había alimentado la secreta ambición de ser un héroe, aunque no hubiese podido pasar nunca de un pobre diablo, acogió al compañero de su sobrino con visibles muestras de cariñosa simpatía.

Cuando Conrado, poseído de la más intensa emoción al volver a ver a su cariñosa madre después de cuatro años de forzada ausencia, se arrojó en sus brazos llorando como una criatura, la dama, siempre atenta a las más

severas reglas de la educación cortesana, casi le rechazó, murmurando :

— Modera un poco tus expansiones, hijo mío. No es correcto demostrar tanta alegría delante de los criados...

Conrado contempló a su madre con visible extrañeza. La vida de las trincheras había democratizado hasta tal punto que no recordaba nada del irritante empaque de la eterna vida de ceremonia que había llevado hasta el momento de embarcar para Francia, visitando el uniforme del ejército británico. Pero su sorpresa creció visiblemente cuando su padre, tocándole en el hombro, le dijo :

— Mira, Conrado : he reunido aquí a estos doctores para que te examinen atentamente. Las privaciones y sufrimientos que has tenido que soportar durante la campaña, pueden haber minado tu constitución, causándote daños en la salud que podrían llegar a ser irreparables si no te ponías en cura a tiempo...

Mal de su grado, Conrado se sometió al examen. Los doctores, al observar la brusquedad de sus movimientos, la vivacidad de sus expresiones, el ansia de vida que la lucha había infiltrado en las venas del muchacho, interpretaron aquellas manifestaciones como un signo de anormalidad.

El más viejo de todos frunció el ceño, y apenas hubo terminado de auscultar al joven Prendergast, dirigióse a su padre, y llamándole aparte le dijo :

— Tengo una grave noticia que comunicarle, señor. Conrado se halla en una evidente anormalidad cerebral... Quizá la guerra le haya devuelto a un hijo irresponsable... En fin, la Ciencia obra milagros, como usted no ignora, y quizás con un tratamiento adecuado estamos todavía a tiempo para evitar una definitiva catástrofe...

Asustadísimo, Prendergast fué a llamar a su hijo, pero el doctor le detuvo.

— Sobre todo, no le contrarie en nada... Llévela la corriente, porque es muy peligroso contradecir a esta clase de enfermos...

## II

Obedeciendo a las indicaciones de los facultativos, Prendergast, cuyo primer impulso había sido decir a su hijo que se despidiera de Mac Guirre, por no considerarlo digno de habitar bajo aquel techo, debido a lo plebeyo de su condición, conformóse a cobijarle en su casa, pero dispuesto a hacer cesar aquel anormal estado de cosas en cuanto se iniciase una mejoría en el estado de Conrado, que los doctores consideraban peligroso.

— Querido Mac — dijo Conrado así que se encontró solo con su compañero. — Soy un cobarde. Me doy perfecta cuenta de ello y siento que el pasado me ahoga entre sus garras y voy a ser de nuevo un señorito cursi como



*Modera un poco tus impetos, hijo mío... No es correcto mostrar tanta alegría ante los criados...*

hace cuatro años. ¡Y yo que ansiaba seguir la vida de peligros y aventuras que había entrevisto a tu lado, cuando luchábamos en las trincheras!

— ¿Quieres que te hable con franqueza, Conrado? — contestó el boxeador. — Tú ya no sirves para vivir en este ambiente. Te asfixiarías como si te faltara el aire para respirar. Y yo, menos que tú...

— Entonces, Mac, dame un consejo. Me falta valor para tomar una decisión por mí mismo.

— Huyamos y ven a mi casa. Es mucho

más modesta y humilde que la tuya, pero nada ha de faltarte en ella. Te querremos todos como a un hermano que eres, y allí, si tienes menos comodidades y el lujo brilla por ausencia, hallarás lo que te falta en tu casa solariega : franca alegría, rudeza noble de quien ha tenido que forjarse la vida sin otra ayuda que su propio esfuerzo, y aprecio sincero de gentes que no viven sometidas a la tiranía de la etiqueta...

— Sí, Jaime, sí; tienes razón — gritó Conrado. — Esta misma noche huiremos, abandonando esta casa cuyos techos me pesan como losas de plomo... Para facilitarnos la fuga tendremos un precioso auxiliar : mi tío Tobías, que es un hombre la mar de simpático y que se muere por las aventuras...

Cuando, horas después, los médicos acudieron a las habitaciones que ocupaban los dos antiguos compañeros de armas con ánimo de examinar de nuevo a Conrado, hallaron una acogida que estaban muy lejos de esperar. El ex combatiente se arrojó sobre ellos, propinándoles tan descomunal paliza que huyeron aterrorizados.

— El caso de su hijo es de locura manifiesta, señor Prendergast — dijeron al noble prócer. — No hay más remedio que encerrarlo en seguida en un manicomio.

— Que suban en seguida los criados a sujetarlo — contestó el buen señor, — pero que procuren no hacerle mal.

Los servidores de los Prendergast corrieron la misma suerte que los doctores, y pocos minutos después, en la señorial mansión convínose por unanimidad dejar a Conrado por imposible hasta que se hallara alguna estratagema para apoderarse de él.

Un hombre sólo había en la casa que no compartía la consternación que en ella reinaba. Era el tío Tobías.

— ¡Te creen loco, muchacho! — subió a decirle. — ¡Van a encerrarte en un manicomio!

— ¿En un manicomio, a mí? — repuso Conrado. — ¡Sí que están frescos! ¡Yo esta noche huyo de aquí, y cuento con tu ayuda para ello!

Y en efecto : cuando obscureció, el joven Prendergast y su compañero de armas, utilizando para ello largas cuerdas que les proporcionó el tío Tobías, se descolgaron por las paredes de la finca, y apoderándose de un automóvil que hallaron en el garaje huyeron de nuevo hacia lo desconocido, que les brindaba libertad y alegría...

### III

Como simpático y expresivo contraste entre el ambiente rígido de la aristocracia, y la franca camaradería de la pobreza y de la humildad, en la casa de Jaime Mac Guirre se hallaba todo preparado para recibir a los dos héroes de las trincheras. Flora, la hermana de Mac,

bellísima muchacha de unos veinte años, tenía dispuesto un apetitoso y bien servido banquete, al que estaban invitados todos los socios del «Atletic Club», entidad que tenía su local social al lado del domicilio del compañero de armas de Conrado y en el cual ejercía la joven el cargo de encargada del bar.

La muchacha, llena de alegría, abrazó a su hermano así que le vió llegar y saludó con la más encantadora e ingenua de sus sonrisas a Conrado de Prendergast.

— ¡A la mesa! ¡A la mesa, que encontraríais la comida fría! — gritó con gran contento.

Transcurrió el festín en medio de la mayor cordialidad. Sólo dos invitados resultaron, desde los primeros momentos, tan antipáticos para el aristócrata ex combatiente como bella y agradable la hermana de Jaime. Eran éstos Pancho Lorwry, boxeador profesional, y su *manager* Schulte, que afirmaba muy seriamente que «su» campeón era el hombre más superior del planeta y que muy pronto iba a dejar en mantillas a Dempsey, Carpenter, Uzcudum y demás genios de la ciencia del puñetazo.

Dos o tres veces, a causa de sus impertinencias, estuvo a punto Conrado de cometer un desaguisado, y tal vez hubiese terminado mal el banquete de no advertirle Jaime:

— ¡Andate con cuidado con ese individuo! ¡Es un boxeador profesional y te daría un disgusto!



La muchacha, llena de alegría, abrazó a su hermano

La fiesta terminó en medio de la mayor alegría. Cuando se hizo de noche, Prendergast se acordó de que, en la precipitación con que el día anterior había llevado a cabo su fuga, no se había preocupado de coger ropa, ni una porción de efectos que le eran indispensables.

Acompañado de Jaime trasladóse al «Atletic Club», y desde allí telefoneó a su tío Tobías, dando un nombre falso para que en su casa no sospechasen.

Cuando el bueno del tío Tobías cogió el auricular, su sorpresa y su alegría no tuvieron límites al oír la voz de su querido sobrino, que le decía:

— ¡Hola, tío Tobías! ¿Cómo están por la casa?

— Bien... Todos bien... Hay un poco de nerviosidad por tu fuga, ¿sabes? Ahora, una noticia. Procura andar con cuidado, porque tu padre ha encargado a una agencia privada de detectives ponga en movimiento a sus más diestros agentes para lograr tu captura.

— Bueno... — repuso Conrado. — Tomaré mis precauciones. Vamos a otra cosa... Necesito un poco de ropa, porque voy hecho un Adán...

— Ven más tarde, cuando todo el mundo esté acostado... Yo te facilitaré la entrada y podrás recoger cuanto te haga falta.

— Pues, adiós, tío, y hasta luego.

Cuando hubieron terminado de cenar, a hora bastante avanzada, Conrado y Jaime tomaron el auto y se encaminaron a la casa solariega de los Prendergast.

El tío Tobías, tal como estaba convenido, les franqueó la puerta. En un periquete, Conrado penetró en su habitación, llenó dos maletas y se disponía a huir cuando un ruido sospechoso hizo que se detuviera.

Abajo una pareja de agentes de seguridad interrogaba a su tío, que había ido a depositar unos efectos dentro del automóvil, tomándole sin duda por un ladrón.

Afortunadamente los dos compañeros llegaron a tiempo para libertar al tío Tobías, propinando unos cuantos porrazos a los guar-



Conrado descolgóse por una cuerda, que pendía de una garrucha...

días, que se preguntaban con sorpresa de dónde habían salido tan inopinadamente aquellos dos diablos.

Mas estaba visto que aquella noche había de ser pródiga en incidentes.

Al ruido de la pelea acudieron refuerzos, y uno de los agentes sacó su pistola y la encañonó contra Conrado. En aquel momento vióse avanzar una sombra, braceando con desesperación.

— ¡No dispare usted! ¡Es mi hijo! Era Prendergast, padre, que se había despertado súbitamente y salía a ver qué ocurría,

temiendo, no sin motivo, que aquello fuese cosa del « loco » de su hijo.

— ¡Por Dios! — gritó el tío Tobías. — ¡Llevadme con vosotros! Yo no quiero estar más en esta casa! ¡Quiero correr en busca de aventuras y olvidarme de esta corteza de Sancho Panza bajo la que he vivido hasta ahora!

— ¡Suba usted al coche! — dijo Conrado. — ¡No hay tiempo que perder!

El auto emprendió precipitada fuga y los agentes quedaron boquiabiertos al oír a Prendergast que suplicaba :

— Procuren ustedes echar tierra sobre el asunto y me hago responsable de todo lo ocurrido...

#### IV

Una nueva existencia abrióse desde el día siguiente para Conrado y su tío. Vivían contentos y tranquilos, nada les faltaba, eran objeto de todas las atenciones de la gente sencilla y humilde del barrio, y sobre todo hacían sus delicias las mañanas que pasaban en el « Atletic Club », entrenándose para el boxeo.

— ¡Va bien, va bien! — repetía a cada instante Jaime Mac Guirre. — Unas cuantas semanas más y yo te aseguro que podrás presentarte como una primera figura. Estás en forma y demuestras excelentes cualidades.

Tobías también quería boxear. Era un espectáculo extremadamente regocijante ver a aquel hombre alto, flaco y viejo, queriendo imitar las proezas de los muchachos jóvenes y fuertes.

La simpatía naciente entre la bella Flora y el aristócrata no hacía sino aumentar en el transcurso de los días.

— Flora — le dijo cierta mañana Conrado, aprovechando un momento en que el bar estaba solitario. — Deseo hablarle.

La joven, sonriendo, cogió la lista del *menu* para aquel día, que acababa de confeccionar, y le dijo :

— ¿Desea usted algo de la carta, caballero?

— De la carta, nada, señorita... He leído siempre que los enamorados no tienen ganas de comer, y sin duda debe ser por ello qué hace días que no tengo apetito.

— ¡Qué guasón es usted!

— Deseaba que llegase este momento para decirle, Flora mía, que es usted la muchacha más encantadora que he visto en toda mi vida... Que la idolatro y que...

Un golpe seco en la espalda le hizo estremecerse de sorpresa. Ante él, insolente, altivo, Pancho Lowry le contemplaba con aire de desprecio y de odio.

— Me va a hacer usted el favor de marcharse de este barrio inmediatamente, joven — dijo con voz seca.

— No veo la razón... — repuso Conrado,

algo sorprendido por la brusca irrupción del boxeador.

— Voy a darle una. Las mujeres guapas no son para los niños góticos que abandonan las faldas de sus mamás para ir a aprender a boxear. Y si esta razón no le basta, añadiré otra.

Y diciendo aquellas palabras, Pancho descargó sobre las narices de Prendergast tan tremendo puñetazo que rodó al suelo con la cara llena de sangre.

— Si le parece, añadiré otra razón... — añadió Lowry con sorna.

Mac Guirre, que entraba en el bar en aquel momento, apresuróse a correr en auxilio de su ex compañero de armas. Le ayudó a levantarse, y haciéndole entrar en el botiquín del Club le administró un tópico que hizo cesar en seguida la hemorragia.

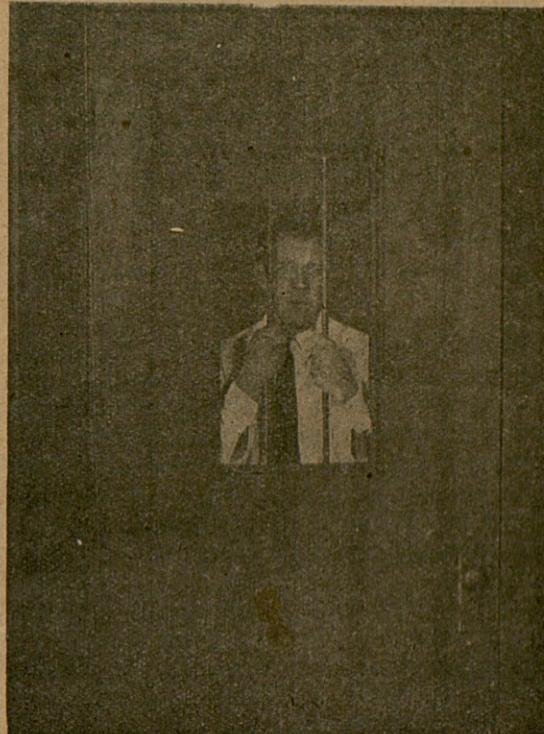
Entretanto, Flora, que, como casi todas las mujeres modernas, era una admiradora de los atletas, decía a Pancho:

— Veo que se acuerda usted muy poco de mí...

— ¿Por qué, hermosa?

— Porque se ha comprado usted un coche nuevo y me prometió no hace mucho pasearme en él cuando se le presentara una oportunidad...

A pesar de la herida que había recibido, que le causaba bastante dolor, Conrado oyó aquellas palabras.



Conrado renegaba de su suerte encerrado en una celda del manicomio...

— ¡Siempre la mujer se ha inclinado ante el más fuerte, desde los tiempos de Dalila! — dijo. — Soy un cobarde, Jaime... y si lo dudas, pregúntaselo a tu hermana...

— No seas así — dijo el boxeador con vivacidad. — Mi hermana es un poco voluble, pero en el fondo te aprecia... Ya arreglaremos las cosas de manera que la balanza se incline de nuevo en tu favor...

## V.

Pronto cambió el aspecto de las cosas. Cediendo a las instigaciones de Jaime, que le aseguraba que ya estaba en condiciones para arriesgarse a sostener un torneo pugilístico con su rival, Conrado de Prendergast había lanzado un reto a Pancho Lowry, que éste se había apresurado a aceptar.

Schulte no compartía la opinión de «su» campeón.

— Has hecho mal en decir que sí — repetía a cada instante. — Se trata de un desafío estúpido, que nada te va a reportar y que, en cambio, te restará energías... ¡Y todo por unas malditas faldas!

— No hay que apurarse, Schulte. Ese Prendergast es un mosquito, al que me quitaré en seguida de un manotazo.

Entretanto los detectives a sueldo del padre de Conrado no perdían el tiempo y laboraban

intensamente en busca de una pista que les permitiera apoderarse de Prendergast.

Por el número del automóvil que el ex combatiente se había llevado de su casa, averiguóse el barrio que debía frecuentar, ya que el coche era visto con frecuencia por los alrededores del «Atletic Club».

No tardaron los agentes en estrechar el cerco, y pocos días más tarde, el aristócrata tuvo un encuentro desagradable.

— ¿Es usted el señor Conrado de Prendergast? — interrogóle un individuo, de correcto porte, que le contemplaba hacía rato.

Conrado comprendió en seguida de qué se trataba.

— Sí, señor — repuso.

— Pues me hará usted el obsequio de seguirme... Su señor padre me ha comisionado para que le lleve a su presencia...

— No tengo ningún inconveniente. Es tan sólo cosa de un momento. Déjeme llevar un recado urgente aquí a la esquina, y estoy con usted al punto.

No hay que decir que Conrado aprovechó aquel paréntesis para echar a correr impensadamente cuando más confiado se hallaba el detective. Después de una encarnizada persecución, en la que el heredero de los Prendergast hubo de salvar mil obstáculos, logró encaramarse por una escalera, llegar al terrado, seguido de cerca por el detective y dos ayudantes que se unieron a él, y, luego, descol-

gándose por una cuerda que pendía de una garrucha, poner tierra de por medio entre los tres, sin cuya proeza hubiese caído irremisiblemente en manos de aquéllos.

Si el muchacho pudo escaparse, lo que no pudo conseguir, en cambio, fué evitar que su padre supiese, pocas horas más tarde, que el « loco », como ya le llamaba, vivía al lado del « Atletico Club », sostenía relaciones con la muchacha encargada del bar y estaba a punto de tomar parte en un match de boxeo, precisamente por ella...

Pero él no se preocupaba de todo aquello. Lo único que le interesaba era el amor de Flora. Cada día le llevaba obsequios, principalmente cajitas de dulces, postre al que ella era muy aficionada.

— Voy a demostrarle que no soy desagradecida — le dijo cierto día Flora a Conrado, tomando uno de los dulces entre sus deditos pulcramente aterciopelados bajo la influencia del cepillo de uñas, del barniz y de todos los artificios que ha inventado el complicado arte de la manicura. — Cierre los ojos y abra la boca, y verá usted que bueno es.

Así lo hizo Conrado. Pero cuando más entusiasmada estaba Flora jugueteando con él, vió que un señor, a quien ella no conocía, irrumpía en el bar y se dirigía hacia Conrado, que, con la boca abierta y los ojos cerrados esperaba ansioso el premio que había de dar a su esplendidez la hermosa muchacha...



Conrado se dispuso a entrar en combate

— ¿Qué haces aquí? ¿Es que te has vuelto tonto de capirote?

Conrado, creyendo soñar, abrió los ojos, y en lugar del bombón prometido por su amada, vió ante él al autor de sus días que le contemplaba con aire de extremada severidad.

— ¡De... mo... nio! — balbució. — ¡Mi padre!

Flora, con muy buen acuerdo, ante la disputa familiar que amenazaba estallar, optó por desaparecer mientras el padre de Conrado daba rienda suelta a su indignación.

— ¿No te da vergüenza? — repetía. — ¿No te da vergüenza?

## VI

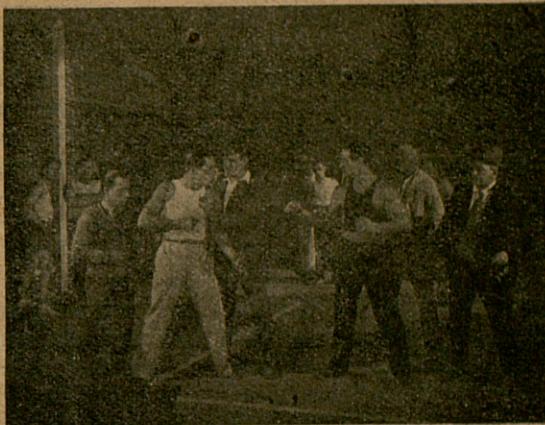
El aristócrata no vaciló ante las palabras de dura condenación que su padre tuvo para él.

— No me da vergüenza, no, papá... No he hecho nada malo... Tus idiotas de médicos decían que yo era loco, y para escapar de sus garras, me marché de casa, en donde por otra parte no me encontraba a gusto... ¡Qué le vamos a hacer! La guerra ha hecho de mí otro hombre, y ahora las ceremonias y los convencionalismos de la aristocracia me causan una violencia tan extraordinaria que no puedo soportarlos.

— ¿Y todavía te atreves a sostener que no estás loco? — insistió Prendergast. — ¿Crees acaso que es de gente cuerda abandonar la dignidad y el fasto de su casa para ir a confundir su vida entre la de la plebe, enamorarse de una chiquilla que está de encargada en un bar y exponerse por ella, mejor dicho, entregarse por ella a los puños de un boxeador profesional que te pulverizará la cabeza del primer puñetazo que te dé?

— No he mostrado ser tan cobarde en las trincheras, papá... — contestó Conrado — para dejarme pegar como un chiquillo.

— De todas maneras — añadió el padre



*Iba a comenzar la lucha...*

del aristócrata — te prohíbo terminantemente que tomes parte en ese torneo.

— Se trata de una cuestión de amor propio, y como la dignidad del apellido que me legaron nuestros antepasados la siento tan viva entre la plebe como entre la aristocracia, comprenderás que esta vez obedecerte sería perjudicar tu propio blasón...

Furioso, Prendergast dió media vuelta y dejó solo a su hijo, convencido cada vez más de que estaba loco rematado y de que para él no había salvación, como no se le detuviera lo antes posible, encerrándole en una casa de salud.

Así se hizo aquella misma noche, víspera de la jornada en que, como en la edad de piedra, dos hombres iban a disputarse a fuerza de puños el amor de una mujer. Una pareja de detectives, hábilmente orientados por otros varios compañeros diseminados en el barrio, se apoderó del pobre Conrado, que fué conducido inmediatamente al manicomio.

\* \* \*

El ring del « Atletic Club » estaba lleno de bote en bote. La casi totalidad de sus socios se había congregado allí, en espera de poder presenciar el match sensacional.

Media hora antes de la señalada para la celebración del encuentro comparecieron, ufanos y desafiadores, Pancho Lowry y su manager Schulte.

— ¿No ha llegado mi rival? — interrogó el boxeador con tono desdenoso.

— No, señor — replicó Mac Guirre. — Pero lo esperamos de un momento a otro.

Conrado, entretanto, renegaba de su suerte encerrado en el calabozo que le había sido señalado.

Carecía de medios para poder huir. En el cuarto había tan sólo un montón de diarios viejos. Prendergast reflexionó un instante y tuvo una idea genial.

Llevaba en el bolsillo dos o tres cerillas, detalle que había pasado desapercibido a sus carceleros.

¡Tenía su salvación!

Encendió uno y prendió fuego a los periódicos, después de extenderlos cuidadosamente. El cuarto estuvo pronto lleno de una densa humareda.

No tardó en darse cuenta de lo que ocurría uno de los carceleros. Creyendo que había estallado un incendio, acudió en socorro de Prendergast. Esto era lo que quería el supuesto loco. Apenas hubo abierto la puerta el guardián, Conrado lanzóse sobre él y le descargó un tremendo puñetazo en las narices. Despues salió al corredor, saltó por una ventana que daba a un terradito y desde allí, haciendo mil equilibrios y combinaciones, ganó la calle, emprendiendo veloz carrera en dirección al « Atletic Club ».

## VII

La noticia de la fuga de Conrado se supo pronto en el manicomio. Ante todo previnieron al padre del muchacho, que ordenó avisaran a la policía para que irrumpiese en el « Atletic Club », medio seguro de coger a su hijo, pues era indudable que allí debía haber encaminado sus pasos.

Queriendo asegurar el golpe, Prendergast en persona se marchó al ring y allí halló a la pobre Flora, que, llorosa, esperaba en vano la llegada de su amado.

Nada entremece tanto como las lágrimas de una mujer que ama. Un minuto después de haber llegado al Club, Prendergast era el que con mayor impaciencia aguardaba ver llegar a Conrado y vencer en la contienda.

Por fin, cinco minutos después de la hora fijada para el comienzo del match, y cuando ya el árbitro iba a darlo por suspendido en virtud de no haberse presentado uno de los combatientes, apareció Conrado.

La concurrencia saludó su llegada con una formidable ovación. El muchacho saltó al ring y se dispuso a entrar en combate.

Comenzó la lucha. Desde los primeros momentos todo el mundo dióse cuenta de que Prendergast tenía ante él un rival formidable.

Menudeaban los golpes y el combate era encarnizadísimo. Al terminar el primer round Flora se acercó a Conrado, que había caído desvanecido a poco de sentarse en la silla en donde Jaime, ayudado por dos compañeros suyos, le friccionaban para hacerle reaccionar.

— ¡Conrado! — murmuró con voz llena de pasión y de angustia. — ¡Venza usted! ¡Venza usted... por lo que más quiera!

— No sé si podré — contestó Prendergast.

— ¡Sí que podrá! ¡Podrá usted vencer, si lo hace por mí!

Reanudóse la lucha. Pancho atacaba desesperadamente, pero sus puños estrellábanse



Prendergast tenía ante él un rival formidable...

ante el pecho de Conrado, duro y firme como acero templado.

Prendergast, que contemplaba a su hijo con intensa emoción, se había colocado al lado de Flora.

— ¡Ay, Dios mío! — murmuraba la muchacha. — ¡Quiera Dios que pueda resistir hasta el final y venza!

— Vencerá, señorita — respondió el prócer. — Los Prendergast salieron siempre victoriosos de todas las contiendas en que tomaron parte...

De pronto los ojos de Prendergast tropezaron con una cara que le era muy familiar.

— ¡Tobías! ¿Qué haces aquí?

— ¿Y tú, qué has venido a hacer? — preguntó el interpelado.

Cuando la emoción de los que presenciaban el encuentro era mayor, un grito de espanto recorrió la sala.

— ¡La policía!

Eran, en efecto, los agentes de seguridad que acudían a asaltar el ring del «Atletic Club», cumpliendo las disposiciones dadas anteriormente por Prendergast. Bien intentó éste disuadirles dándoles la contraorden, pero los policías obraban en virtud de un mandato especial de la Jefatura y no podían sino cumplir lo que se les había ordenado.

Conrado y Pancho emprendieron la fuga. Tras de ellos siguieron Prendergast, Flora, Jaime, Schulte y el tío Tobías, perseguidos de cerca por los agentes de la autoridad que estaban dispuestos a detenerlos.

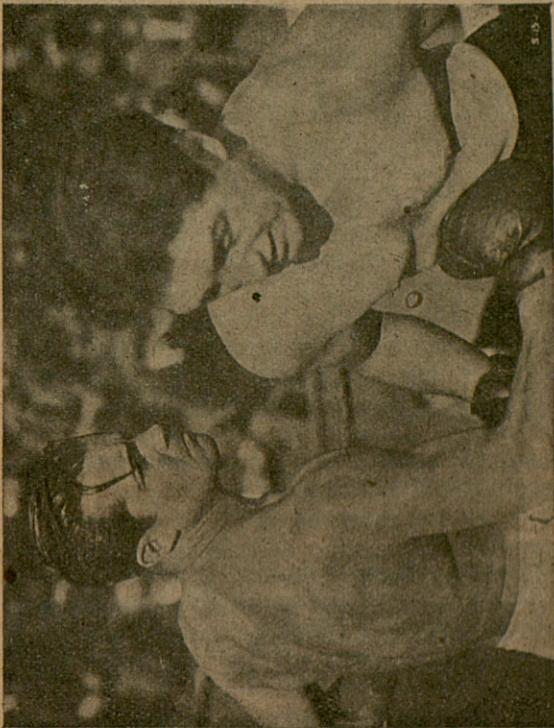
El joven aristócrata llevaba cogido de la mano a Pancho. Llegaron ante un inmenso edificio a cuyo terrado podía llegarse por una escalera exterior.

— ¡Vamos arriba! — ordenó Conrado.

En un periquete los dos luchadores estuvieron en el terrado.

— Le he traído aquí — dijo entonces el ex combatiente a su rival — para que pudiésemos terminar la interrumpida lucha hasta que uno de los dos quede fuera de combate.

Por toda respuesta Pancho arreó a su con-



Menudaban los golpes y el combate se hacia cada vez más encarnizado

FIN



